

CAPITULO VII

LA FUGA

Dejamos á Luis sumergido en las obscuridades del jardín, mientras su madre, arrodillada en el balcón, apoyando la frente en el hierro del pasamano, lo seguía con su corazón y con su pensamiento, llena el alma de ansiedad indecible. La vida de su hijo no corría ciertamente grave peligro; pero vaya usted á convencerla de que no podía acaecerle alguna desgracia imprevista. Pongámonos en su lugar, y veremos que no habría sido menor nuestra inquietud. Semejante excursión, verificada en el silencio de la noche y al amparo de las tinieblas, no dejaba de ser peligrosa. Luis podía verse descubierto, hallándose repentinamente acometido, porque los criados que lo sorprendieran registrando cautelosamente aquella parte de la casa, no se detendrían á discutir si era éste ó el otro el fin que lo guiaba; darían por supuesto que no se encontraba allí ni por equivocación, ni por casualidad, ni por capricho; y sin más examen creerían *á pie juntillas* que iba á buscar lo ajeno contra la voluntad de su dueño; lo tomarían por ladrón, y aunque vieran que no era más que uno, gritarían inmediatamente: «¡Ladrones, ladrones!»

Esta escena, con todos sus pormenores, con todos sus detalles, se representaba en la imaginación inquieta de la atribulada señora con esa cruel minuciosidad con que el temor nos pinta en los momentos críticos las situaciones más ó menos terribles que nos amenazan.

«Muerto ó vivo, decía allá en el fondo de su pensamiento, caerá en manos de los criados si llegan á descubrirlo, porque no tiene por dónde escapar, y una circunstancia cualquiera, insignificante y por lo mismo imprevista, puede hacer que sea descubierto. Entonces...»

Ante semejante idea se detenía con espanto; pero su alma, fuerte por la virtud y heroica por la bondad de su corazón, se sobreponía á la contingencia de tan terrible caso, llena de esperanza, de esa viva esperanza que en los más grandes peligros infunde la conciencia íntima de las buenas acciones; la cobardía es propia de los culpables, porque el valor es la virtud de las virtudes. Mas era madre, y el temor volvía de nuevo á despertar las inquietudes de su ternura.

Ciertamente la situación de Luis era comprometida, porque en el caso probable de ser sorprendido, ¿cómo explicaría su presencia en el jardín á tan sospechosa hora y de aquel modo? Y ¿cómo descubrir la verdadera causa de tan intempestiva visita?.. Por otra parte, descubierto Luis, Montero no podría permanecer mucho tiempo oculto, y ya sabemos la triste suerte que le aguardaba si caía en poder de los tribunales militares encargados de juzgarle.

La buena señora, cómplice de la noble generosidad de su hijo, tenía motivo fundado para temblar de pies á cabeza. Temblaba por Luis, cuya vida y cuyo nombre corrían inminente riesgo; temblaba por Montero, que una vez cogido sería fusilado irremisiblemente, y temblaba por ella misma, que, á pesar de la gran fortaleza de su ánimo, no se sentía con vigor bastante para soportar tan terribles desgracias.

Inmóvil, descansando sobre sus rodillas y apoyada la frente sobre el hierro del balcón, lanzaba inútilmente sus miradas al través de la persiana caída, y sus oídos atentos sólo percibían esos ruidos mudos con que parece que está

lleno el silencio profundo de la noche; y no obstante, creía sentir los pasos de su hijo, y creía distinguir su sombra en medio de las sombras.

De repente rasgó el silencio un rumor ronco semejante al que producen al girar uno sobre otro los goznes empujados de una puerta desvencijada; mas aquel ruido, como asustado de sí mismo, se desvaneció, dejando como única huella de su paso el estremecimiento del terror en los miembros de la madre.

Poco después de este ruido, que indicaba la indiscreción de una puerta escandalosa, poco acostumbrada á girar sobre sus goznes imprudentes, resonó, haciendo temblar el aire, el vigoroso relincho de un caballo. Entonces la madre de Luis oyó con espanto una voz de hombre que, con acento ronco y desabrido, gritaba:

— ¡Juan..., Juan!..

Otra voz contestó en confuso rumor de palabras que no eran inteligibles. En seguida apareció una luz iluminando los cuadros de las ventanas que daban á la caballeriza. Al resplandor de esta luz, que por la fuerza del contraste hacía más profunda la obscuridad del jardín, vió la madre de Luis la sombra de un hombre que al otro lado de la ventana se movía yendo de un punto á otro de la cuadra. Su ansiedad en este momento debía ser indecible. ¿Irían á realizarse sus temores?.. ¿Sería, al fin, su hijo descubierto por los criados?.. ¿Qué iba á suceder si llegaba á ser sorprendido?

Toda ojos y toda oídos, asida con ambas manos á los hierros del balcón para no caer desfallecida, permaneció inmóvil en aquella postura en que ya estaba hacía más de media hora.

Poco á poco se restableció el silencio, únicamente interrumpido por los herrados cascos de los caballos, que de vez en cuando golpeaban las baldosas de la caballeriza con



Permaneció inmóvil en aquella postura

tenaz impaciencia; pero la luz continuaba encendida proyectándose en los cuadros de las ventanas, cuyos huecos se alzaban á la altura de un metro sobre el piso del jardín.

Algunos minutos después, le pareció que temblaban los hierros del balcón que tenía asidos con las manos, y por un movimiento rápido é involuntario se puso de pie.

Antes que pudiera darse cuenta de lo que había sentido, notó que la persiana se movía cautelosamente, y vió aparecer una cabeza que ascendía por el ángulo del balcón, merced á dos brazos vigorosos que se dilataban y se contraían ágilmente sobre el cordel pendiente del pensamiento adonde estaba sujeto.

Era Luis, que volvía de su expedición sano y salvo. Con el mismo silencio con que había subido penetró en su casa, y recogiendo el cordel lo desató, abandonando el balcón por donde había bajado... Salió de la alcoba, cruzó el gabinete y entró en la sala, donde comenzó á pasearse

de un extremo á otro. Su madre lo siguió, y viendo que guardaba silencio, le dijo:

— ¿Y bien?..

— Nada — le contestó.

— ¿Qué sucede? — volvió á preguntar la señora.

Esta vez la respuesta fué más lacónica todavía; pues Luis se encogió de hombros, y ella añadió:

— ¿Me anuncia tu silencio alguna desgracia irremediable?

— En honor de la verdad — dijo Luis, — no sé qué pensar.

— Habla, hijo mío, habla; la incertidumbre es demasiado cruel para que te complazcas en martirizarme con ella.

Luis se detuvo delante de su madre, la miró con respetuosa ternura, y tomando una de sus manos, la besó diciendo:

— Perdone usted mi preocupación.

— Vamos, dime, ¿qué has visto?

— Lo he registrado todo y no he visto nada... A Montero se lo ha llevado el aire.

La madre y el hijo se retiraron á sus respectivas habitaciones sin encontrar la clave de aquel enigma. Apenas amaneció, Luis, que no se había desnudado, cogió el sombrero y salió á la calle. El portero de la casa del jardín estaba ya de pie respirando majestuosamente en el portal el fresco de la mañana, y Luis se detuvo á leer una tablilla que, pendiente del quicio de la puerta, anunciaba á los transeuntes que allá en lo más alto y en lo más interior de la casa había una habitación desalquilada.

— ¡Hola, vecino! — exclamó el portero viendo á Luis leer el anuncio de la tablilla. — ¿Se busca casa?

— Casa precisamente — contestó Luis — no busco; pero tal vez este sotabanco me convenga. ¿Tiene mucha luz?

— Mucha; como que está en el quinto cielo... Allí no se pone nunca el sol.

— ¿Y se puede ver?

— Ya lo creo... Aquí tiene usted la llave, casualmente la llevo en el bolsillo desde anteayer que me la entregaron; ¿querrá usted creerlo?.., pues aún no he tenido tiempo de subir á ver cómo han dejado aquello. Quizá se encuentre usted la puerta abierta, porque me parece que los inquilinos al irse me dijeron que no habían podido cerrarla. Pero, ya se ve, yo no puedo abandonar ni un instante la portería; ese es mi deber..., y esto de ser portero tiene más *intrínquilis* del que parece; por de pronto, se necesita gran golpe de vista..., ojo.., mucho ojo, y por aquí no pasa el aire sin que yo lo vea. Ahora no tiene usted más que subir, subir y subir; llegará usted, Dios mediante, al último piso y allí no hay pérdida.

Luis oía con interés la charla del portero, al mismo tiempo que hacía observaciones topográficas de suma importancia.

Observaba que había dos escaleras, una á la derecha y otra á la izquierda; la primera, cerrada con cristales, conducía al piso principal, y de allí no pasaba, la otra subía hasta los últimos términos de la casa. Esta segunda escalera se levantaba, retorciéndose sobre sí misma, detrás del aposento de la portería, y viniendo de la calle era imposible llegar al pie de ninguna de las dos escaleras sin ser visto por el portero; mas no sucedía lo mismo viniendo de la caballeriza, sobre todo por lo que hace á la segunda escalera, que, como he dicho, arrancaba detrás de la portería.

Inmediatamente formó Luis su composición de lugar, y atando todos estos cabos discurrió del modo siguiente:

«Montero saltó del balcón al jardín huyendo de Moncada, esto es indudable. Una vez en el jardín, debió bus-

car salida, y pudo llegar hasta el pie de la escalera sin ser visto por el portero..., y no pudiendo salir por abajo, buscó una salida por arriba.»

En vista de este razonamiento, que le pareció concluyente, tomó la llave del sotabanco que el portero le presentaba, y se lanzó á la escalera subiendo de dos en dos los escalones, casi seguro de que Montero, hallando abierta la puerta del cuarto desalquilado, habría entrado en él como Pedro por su casa. Tal vez había encontrado por aquellas alturas el camino de su evasión, y en caso contrario, quiere decir que permanecería en aquel escondite algo más cómodo y más seguro que en la perrera del jardín, esperando una coyuntura favorable.

Pensando así, llegó al último tramo de la escalera, encontrándose una puerta á la derecha y otra á la izquierda y un largo pasillo en medio de ambas, cuyo término era la puerta del cuarto desalquilado. Dirigióse á ella, y no tuvo necesidad de hacer uso de la llave, porque la puerta estaba entornada; empujóla y entró cantando para advertir al fugitivo que era un amigo el que iba en su busca. Pero tampoco estaba allí Montero. Luis se convenció de ello luego que hubo registrado hasta el último rincón del cuarto.

Sin duda alguna se había evadido por el tejado, y ganando los tragaluces de la casa inmediata, habría podido penetrar hasta la escalera y encontrar salida á la calle. Esto era fácil, porque la casa inmediata, de pobre apariencia, se prestaba á la evasión. Pero he aquí que era imposible, Luis lo advirtió con profundo desaliento. Era imposible, porque todas las ventanas del cuarto tenían cerrados los cristales y corridos los pasadores, y es imposible escaparse por una ventana y dejarla cerrada por dentro.

Perdida la última esperanza de dar con la pista de Montero, Luis salió del cuarto, bajando la escalera con

esa lentitud meditabunda en que suele caer el hombre á quien no le sale la cuenta. El portero le vió llegar, y le dijo:

— Qué tal..., ¿acomoda el cuarto?

— No — le contestó Luis entregándole la llave. — Me he llevado un gran chasco. Creí encontrar en él más luz.

— ¡Más luz! — repitió el portero con asombro. — No hay en Madrid un cuarto más claro que ese.

Diciendo esto se echó las manos á la espalda y se dirigió al portal; mas volviendo la cabeza de repente, miró á Luis, y guiñándole el ojo, le dijo con acento confidencial:

— Siguen las pesquisas.

— ¿Pues? — preguntó Luis.

— Sin duda — contestó el portero. — El registro de anoche me lo tenía yo calado. A mí no se me escapa nada, y hacía ya tres días que observaba mucha vigilancia en esta calle por parte de la autoridad, y anoche dieron el golpe.

— ¿Se sabe á quién buscaban? — preguntó Luis.

— Buscaban á un pájaro gordo. Desde mucho antes de anoecer tuve yo aquí de plantón al comisario de policía en persona, que estuvo vigilando..., desde esa puerta de cristales, los balcones de su casa de usted que dan al jardín.

— ¿Y al fin lo cogieron?

— ¡Ca, no, señor! — contestó el portero.

— ¿Logró escaparse?

— Tampoco... Se conoce que traían los informes equivocados, y erraron el golpe; pero sigue la vigilancia, y me parece que hoy aquí, mañana allí, van á registrar toda la manzana... ¡Ah! Como esté dentro, estoy seguro de que no se les escapa. Han tomado todas las precauciones imaginables. Los agentes llevan su retrato en fotograffa... Yo lo he visto, se conoce que es un hombrón como un castillo, con unos bigotazos que le llegan á los hombros.

— ¡Infeliz! — exclamó Luis.

— Ya lo creo — añadió el portero; — no quisiera yo en-

contrarme en su pellejo; pero ¡demonio!, buen susto nos hicieron pasar el día 22.

Luis volvió á su casa lleno de tristes presentimientos acerca de la suerte de Montero; entró en la habitación de su madre, y la comunicó sus nuevas y poco favorables averiguaciones, participando ambos de los mismos temores y de las mismas inquietudes. Cuantas más vueltas daban á tan incomprensible desaparición, más inexplicable les parecía.

— Es imposible — decía la madre — que haya podido salir de esta manzana de casas.

— Creo lo mismo; y en ese caso...

Luis detuvo la palabra en su boca, porque la campanilla de la puerta había sonado, violentamente sacudida. Indudablemente llamaba una persona á la cual le urgía entrar pronto.

— ¿Será él? — exclamó la madre.

Luis debió sentir la misma sospecha, ó, mejor dicho, la misma esperanza; porque, levantándose de la modesta butaca de gutapercha en que había dejado caer todo el peso de su desaliento, se dirigió apresuradamente á saber por sí mismo quién era el que de aquella manera llamaba. Mas al abrir la puerta de comunicación entre el gabinete de su madre y la sala, retrocedió sorprendido.

— No hay que asustarse... Soy yo, que por lo extraordinario de las circunstancias, me meto aquí sin previo permiso.

Decía esto el maestro de música sin atreverse á pasar del umbral de la puerta, y mostrando en su respiración tumultuosa y agitada que había corrido como un caballo de posta.

— Adelante — dijo la señora, acabando de abrir la puerta.

— ¿Qué hay? — le preguntó Luis.

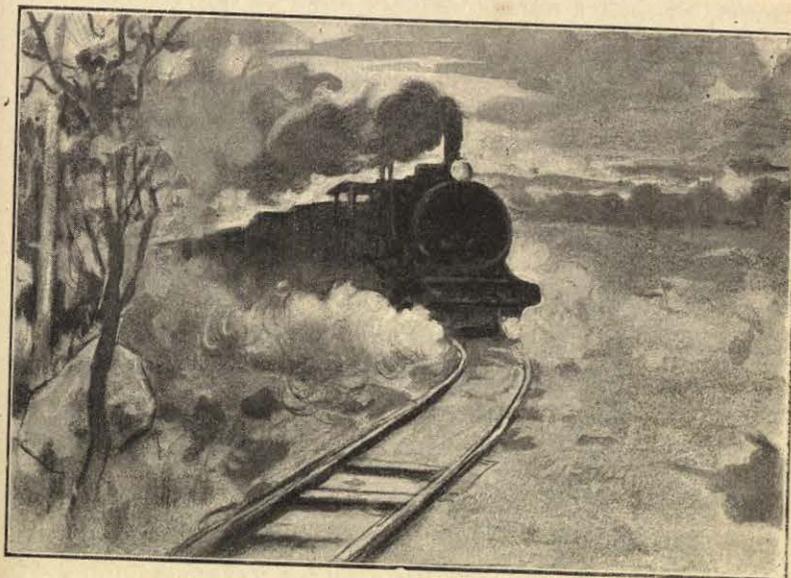
— Hay una carta que acabo de recibir hace tres minutos por el correo interior, la he leído de prisa y corriendo, y he venido á escape á traérsela á ustedes.

— ¿Y bien? — añadió Luis.

— Es una carta famosa, que el coronel ha tenido la bondad de escribirme.

— ¡Montero!.. — exclamaron á la vez la madre y el hijo.

— No firma — continuó diciendo el músico, — ni yo co-



El tren va á partir, yo he tomado ya mi asiento de tercera

nozco su letra; pero esta carta — añadió mostrando un papel en la mano — sólo él ha podido escribirla.

— ¿Dónde está?.. ¿Dónde se halla? — preguntó la madre de Luis, como si repitiendo la pregunta obtuviera más pronta respuesta.

— No sé — contestó el músico encogiendo á la vez los labios y los hombros — porque la carta tampoco tiene fecha; mas debemos suponer que estará ya muy lejos.

— ¡Muy lejos!.. ¿Luego está libre?

— Sí, señora, libre. Pero lean ustedes, lean ustedes este curioso documento.

Luis tomó la carta que el Maestro le presentaba, la

sacó del sobre en que iba encerrada, y leyó lo siguiente:

«Insigne Maestro: A usted, que tiene la cabeza llena de música; á usted, que conoce los más íntimos secretos de las corcheas; á usted es á quien debo dirigir esta solfa, para que antes que nadie sepa la gran noticia de mi feliz inspiración. Sí, ilustre músico; aquella fuga de que hablábamos hace tres horas, y que á usted le parecía tan difícil, ha salido como una seda. Fué pensarlo y hacerlo, coser y cantar, un momento de inspiración sublime, un golpe de genio. ¡Qué fuga, señor maestro, qué fuga!.. Estoy loco de alegría, porque me parece que empiezo á tener juicio. Léale usted á Luis inmediatamente estos renglones, que escribo á escape en la mesa de un café, con mal papel, con malísima tinta y peor pluma..., y hagan ustedes el favor de quedarse con la boca abierta..., en señal de asombro.

»Si me vieran ustedes, no me conocerían... ¡Qué transformación!.. Yo mismo no me conozco... Me miro por fuera, y no soy el mismo; me miro por dentro, y soy otro... *Dan, dan, dan, dan...* Este es el primer toque de la campana, que avisa para que los viajeros vayan instalándose en sus respectivos coches. El tren va á partir, yo he tomado ya mi asiento de tercera; voy á viajar como un príncipe.»

Luis dejó de leer sin quitar los ojos de la carta, y su madre le dijo:

— Sigue, sigue.

— No dice más, señora — advirtió el músico.

— En efecto — añadió Luis, — aquí concluye la carta.

Los tres, como Montero les advertía, se quedaron con boca abierta en señal de asombro.

CAPÍTULO VIII

Á SAN JUAN DE LUZ

Evidentemente el coronel Montero se había propuesto volver locos á sus más íntimos amigos y á sus más encarnizados perseguidores, pues mientras el comerciante de cuadros, el astuto Moncada, proseguía en el obstinado empeño de darle caza, Luis, su madre y el músico se devanaban los sesos en secretas conferencias, tratando de averiguar por dónde había podido escaparse.

La vigilancia establecida por la policía alrededor de aquella manzana de casas, hacía inverosímil toda tentativa de evasión por la calle; por consiguiente, debía haber encontrado la puerta de escape de tejas arriba; esto es, por las buhardillas; mas admitiendo la imposibilidad de llegar por los tejados á cualquiera de las casas vecinas que formaban la manzana, la misma dificultad les cerraba el paso; habría tenido que salir por la puerta de alguna casa, y todas las puertas estaban vigiladas.

Era preciso renunciar á semejante hipótesis, á no suponer que hubiera podido de un salto increíble trasladarse de un tejado á otro, dejando la calle en medio.

Bajaban, pues, de las buhardillas, renunciando á hacer nuevas indagaciones sobre los aleros pendientes de los tejados. Bajando, bajando, llegaba la discusión del caso hasta arrastrarse por el suelo, buscando en la obscuridad de los sótanos el rayo de luz que no habían podido encontrar